

**BOLETÍN DE FILOSOFÍA Y ENSEÑANZA  
DE LA FILOSOFÍA**

**Nº4**

**AÑO III**

**INSTITUTO SUPERIOR PADRE  
ELIZALDE**

**2025**

## **BOLETÍN DE FILOSOFÍA Y ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA**

### **Equipo editorial:**

Yanina Benitez

América Mailhos

Ezequiel Murga

Pilar Parot Varela

Natalio Piccini

### **Dirección postal:**

25 de Mayo 125, CP.: 1702, Ciudadela, Provincia de Buenos Aires.

## ÍNDICE

LA TERCERA CULTURA: APUNTES CRÍTICOS Y PROYECCIONES EDUCATIVAS <i>Oscar H. Beltrán (Universidad Católica Argentina)</i>	4
ENTREVISTA A ALBERTO SARLO (PRIMERA PARTE) <i>Florencia Marino, Andrés Márquez y Martín Coria</i>	14
PROPUESTA DIDÁCTICA: FILOSOFÍA PARA NIÑOS <i>Florencia Marino y Andrés Márquez</i>	19

## La Tercera Cultura: apuntes críticos y proyecciones educativas

Oscar H. Beltrán (Universidad Católica Argentina)

**Resumen:** el creciente contraste entre la visión humanística y científica del mundo fue descrito por Charles Snow en una célebre conferencia de 1959 titulada *Las dos culturas*. Más adelante este autor expuso en prospectiva la posibilidad de una *Tercera Cultura* capaz de integrar aquellos dos ámbitos. En 1995 John Brockman publicó una obra con ese título donde en realidad propone una especie de interpretación científica del mundo a la luz de las nuevas teorías, desplazando así la influencia de la filosofía y las humanidades. Este trabajo, inicialmente presentado en el V Encuentro de Docentes Universitarios Católicos, propone una sinopsis de la cuestión con algunas observaciones críticas desde la revalorización de la filosofía como sabiduría. Luego se sugieren aplicaciones en el marco de la docencia acorde a la concepción cristiana del mundo y del saber.

Desde que Penzias y Wilson pusieron en evidencia el fenómeno en 1964, se ha hecho familiar hablar metafóricamente del “ruido de fondo” de la radiación cósmica como vestigio residual de la gran explosión en el origen del universo, o Big Bang. Pues bien, la cultura occidental tuvo su propio Big Bang en los comienzos de la Modernidad, con la crisis de la metafísica tradicional que desemboca, por una parte, en el cisma protestante de impronta fideísta, y en la aparición de las que Galileo llamó las “nuevas ciencias de la naturaleza”. Las circunstancias de esta irrupción, bastante complejas de suyo, le asignaron un tono de conflictividad y beligerancia que se resume en estas palabras de Jacques Maritain: “El mundo moderno [...] no ha sido el mundo de las armonías de las sabidurías, sino el del *conflicto de la sabiduría y de las ciencias* y el de la *victoria de la ciencia sobre la sabiduría*.”<sup>1</sup> La sabiduría, en su expresión teológica y filosófica, parece entonces incapaz de asimilar los nuevos hallazgos científicos en su cosmovisión tradicional, y poco a poco se abre un abismo entre el mundo contemplativo de las esencias y el ámbito de investigación teórica y aplicación técnica de los fenómenos naturales.

---

<sup>1</sup> *ibid.* p. 41 y 46. “La tragedia de la civilización moderna no proviene de que ha cultivado y amado la ciencia en un grado muy elevado y con éxitos admirables, sino de que esa civilización ha amado la ciencia *contra* la sabiduría.” *Cuatro ensayos...* p.140.

No obstante, hasta el siglo XIX muchos filósofos o teólogos eran también científicos, y viceversa. Puede decirse que la ruptura se oficializa con el positivismo que, dicho sea de paso, deja profundos surcos en la política y la educación de nuestro país a partir de la generación del 80. La ciencia se desembaraza definitivamente de su lastre metafísico y asume la tarea mesiánica de liberar al hombre de sus miserias materiales, pero también de sus falsas ilusiones de trascendencia. Pero la profecía del progreso indefinido choca con los conflictos sociales (guerra del 14, revolución del 17) y la crisis de fundamento de la ciencia a partir de las nuevas teorías (geometrías no euclidianas, evolucionismo, mecánica cuántica, relatividad). Desde ambas orillas se busca reconstruir la unión entre ciencia y sabiduría. Las herramientas disponibles en el taller de la filosofía de entonces son la analítica del lenguaje y la hermenéutica. Más allá de sus méritos, resulta un idioma impenetrable para los físicos, biólogos y cosmólogos acostumbrados a la rígida disciplina del laboratorio y de los hechos. Y así todo sigue igual.

La traumática experiencia de Auschwitz e Hiroshima desfloraron la inocencia del pensamiento científico. Aquel abismo se vuelve entonces una hemorragia cultural que debe suturarse cuanto antes. En 1959 Charles Snow pronuncia una conferencia en Cambridge, titulada “Las dos culturas” que tendrá una singular repercusión. Allí el autor alude al conflicto secular entre el mundo de la ciencia y el de las letras como signo y rémora de nuestro tiempo. Los científicos descalifican a las humanidades como un estéril devaneo intelectual, mientras los filósofos y literatos repudian la visión monótona y mecanicista del mundo y de la sociedad que propone la ciencia. Cuatro años más tarde Snow publica un apéndice titulado *A Second Look*, en el que avizora un futuro donde la ciencia y las humanidades alcanzarán una síntesis integradora capaz de superar las diferencias. A esa nueva perspectiva la llamó *Tercera Cultura* (TC).

¿Qué pasó desde entonces? La consigna de Snow produjo una renovada corriente crítica hacia la ciencia, cristalizada en diferentes iniciativas: investigaciones sobre historia de la ciencia buscando su costado más “encarnado” (teoría de los paradigmas de Kuhn), evaluación de impacto ambiental de los proyectos científicos en curso, creación de comités de ética, desarrollo de los programas CTS (ciencia, técnica y sociedad), etc. El común denominador de todas estas prácticas es la presencia fundante de una nueva perspectiva

intelectual, conocida genéricamente como “sociología de la ciencia”. Sus representantes interpretan la actividad científica como un producto cultural tributario de determinadas estructuras de poder, del ordenamiento social y de otras influencias arraigadas en la subjetividad. Así, entonces, las teorías científicas no serían más que un constructo social tan variable y efímero como el contexto del cual emergen. A tono con las ideas posmodernas, la ciencia se reduce a un relato o, más aún, a un juego del lenguaje.

Por otra parte, los científicos prosiguen su marcha especulativa cada vez con mayor audacia. Y es más o menos a partir de los años 50 que los planteos teóricos llegan por primera vez a la vecindad de los grandes y perpetuos interrogantes del hombre. El Big Bang interpela la idea de un mundo creado por la mano artesanal de Dios. La biología molecular, el estudio de sistemas complejos y el despliegue de las neurociencias sugieren el destierro de ciertos conceptos tradicionales y supuestamente ingenuos como alma, espíritu y libertad. Paradójicamente algunos reconocen en estos planteos una nueva puerta de acceso a la trascendencia. Se vive un fenómeno de reencantamiento de la religión conectada con la ciencia a través de un sincretismo de tipo gnóstico testimoniado a través del movimiento *new age* y otros por el estilo.

Pero lo que sin duda contribuyó de manera decisiva a profundizar ese empecinado abismo entre ciencia y humanidades fue la expansión de las publicaciones de divulgación científica. Desde comienzos del siglo XX los especialistas intentaron presentar los resultados de sus investigaciones a través de textos accesibles a un público medianamente culto, aunque no experto. Einstein, Schrödinger, Heisenberg, Eddington, Mayr, Crick, Monod, son ejemplos notables de este cortejo de grandes científicos dedicados a exponer sus aportes con un lenguaje refinado y sin ocultar las implicancias filosóficas y religiosas. A comienzos de los 80 el género de la divulgación científica se consolida como tendencia altamente lucrativa con la aparición de las obras de Carl Sagan y Stephen Hawking. Paralelamente, los estudios humanísticos se encapsulan cada vez más, rechazando desdeñosamente cualquier proyección de alcance masivo o popular.

En síntesis, pese a sucesivos intentos de conciliación, persiste la fractura entre la visión científica del mundo y la que ofrecen los estudios culturales o literarios. El anhelo de Snow parece cada vez más lejos de cumplirse.

Y aquí llegamos a la publicación, en 1995, de un ensayo de John Brockman titulado *La Tercera cultura: más allá de la revolución científica*. Su autor es un exitoso agente literario con un singular talento para descubrir ideas capaces de vender libros, e inducir una sutil transformación del lector en espectador. Lo que se dice un auténtico “curador” de pensamiento. El olfato de Brockman detectó la nueva tendencia de los científicos a reflexionar más allá de sus teorías y a dialogar entre sí acerca de las implicancias de esa reflexión. Y también se dio cuenta de que este movimiento comenzaba a ejercer influencia a nivel social, político y religioso.

Poco a poco fue descubriendo el negocio de la divulgación científica a gran escala y reforzando su clientela con nombres de primera línea en el ambiente científico actual: Paul Davies, Murray Gell-Mann, Alan Guth, Roger Penrose, Martin Rees, Lee Smolin, Richard Dawkins, Niles Eldredge, Stephen Jay Gould, Craig Venter, Daniel Dennett, Stuart Kauffman, Lynn Margulis, Christopher Langton, Marvin Minsky, Nicholas Humphrey, y otros. Varios de ellos fueron convocados para redactar sendos capítulos de una obra destinada a exponer las proyecciones e inquietudes de largo alcance que los científicos actuales proponen a partir del desarrollo de sus teorías. Allí se discuten temas tales como evolución y progreso, naturaleza e información, redes neuronales y conciencia, y otros. En un portal de copioso despliegue, el sitio web titulado [edge.org](http://edge.org) (borde), que cobija oficialmente a los seguidores de la TC, ofrece textos, audio e imágenes de cursos y conferencias sobre temas similares.

Estas meditaciones propuestas desde la ciencia se ofrecen como una alternativa mucho más promisoría que el discurso de las humanidades para atacar las grandes preguntas del hombre de hoy. En efecto, según Brockman “los intelectuales americanos tradicionales son, en un sentido, cada vez más reaccionarios y muy a menudo orgullosa (y perversamente) ignorantes de muchos de los logros intelectuales verdaderamente significativos de nuestro tiempo. Su cultura, que menosprecia la ciencia, es frecuentemente no empírica.” En cambio, la TC “consiste en aquellos científicos y otros pensadores en el mundo empírico que, a través de su trabajo y sus escritos expositivos, están ocupando el lugar del intelectual tradicional al hacer visibles los significados más profundos de nuestras

vidas y redefinir quiénes y qué somos.”  
([https://www.edge.org/conversation/john\\_brockman-the-third-culture](https://www.edge.org/conversation/john_brockman-the-third-culture))

Brockman reconoce que ha tomado el nombre de aquel trabajo de Snow aunque la profecía del ensayista británico finalmente no se haya cumplido. En vez de una comunicación entre literatos y científicos, lo que tenemos hoy es un contacto directo entre científicos y el público en general. Lo propio de la TC es haber suprimido los intermediarios. Los pensamientos más profundos de los hombres de ciencia son volcados por ellos mismos en un lenguaje accesible a un público razonablemente culto.

Brockman intenta una caracterización del hombre actual para explicar el fenómeno de la TC. Con tono algo demagógico sostiene que “la emergencia de esta actividad de la TC es evidencia de que mucha gente tiene un gran apetito intelectual acerca de nuevas e importantes ideas y está deseosa de hacer el esfuerzo para educarse a sí misma.” Por otra parte, vivimos en un mundo donde todo se volvería repetitivo si no fuera por el avance explosivo e impredecible de la ciencia: “La naturaleza humana no cambia mucho, la ciencia sí, y el cambio va en aumento, alterando el mundo de manera irreversible.”

Los temas científicos más desarrollados por el periodismo especializado en los últimos años transitan por la biología molecular, la inteligencia artificial, el universo inflacionario, los fractales, las supercuerdas, la nanotecnología, el genoma humano, la lógica borrosa, la realidad virtual y el ciberespacio. Y una característica de la TC es que sus representantes no son una casta esotérica que se aísla del mundo para reflexionar sobre cuestiones altamente especializadas, sino que se las arreglan para difundir sus ideas y hacerlas capaces de influir decisivamente en las vidas de toda la comunidad. Lo esencial de la nueva clase intelectual es su capacidad para sintetizar, publicitar y comunicar las nuevas ideas, y así dar forma al pensamiento de toda una generación.

Esta actitud de apertura y divulgación, este nuevo espacio común de debate de las ideas científicas, esta suerte de “democratización” del saber, son vistos por algunos como una especie de traición o sacrilegio, un ultraje al tabernáculo de la ciencia. Pero en el seno de la TC esas actitudes han quedado definitivamente atrás. “Ser culto” ya no significa la familiaridad con la literatura clásica, el arte, la historia y la filosofía. Hoy “ser culto”

significa conocer y desenvolverse adecuadamente en el universo de la tecnociencia, interesarse por las grandes producciones documentales y los premios Nobel y, fundamentalmente, adoptar el modo de pensar y resolver problemas de acuerdo con el método científico.

La honestidad y la caridad intelectuales nos obligan a reconocer la parte significativa de verdad que hay en esta postulación a favor de la ciencia, y a ponerla por delante de sus no menos significativos errores. Es justo reconocer que:

- La ciencia ha cambiado la faz de la Tierra y eso no sería posible si sus teorías no tuviesen un fuerte respaldo en la realidad misma
- La maduración de las teorías científicas conduce a una progresiva unificación de campos y a un acercamiento respecto a la cosmovisión propia de la filosofía y la teología
- Hoy es impensable hablar de cultura sin involucrar los contenidos de la ciencia, ni siquiera se puede concebir cualquier otro dominio cultural sin considerar la influencia que proviene del ámbito científico

Por otra parte, la tendencia de muchos grupos representativos de lo que genéricamente se conoce como “humanidades” (filosofía, literatura, psicología, sociología, ciencias políticas, antropología, historia) es a presentar el conocimiento, incluso el de la ciencia, como una perspectiva o “relato” cuyo contenido e impronta dependen esencialmente del grupo social, el contexto ideológico o las estructuras económicas. Es común encontrar a escritores, ensayistas o críticos de arte mofándose de los científicos como gente ruda, forzada por sus limitaciones a medrar en el mundo epidérmico de los fenómenos, entretenidos en calcular colisiones subatómicas, reconstruir fósiles de dinosaurios o predecir la trayectoria de los huracanes y la cotización de los bonos. Se parecen, según ellos, a los prisioneros de la caverna que son recompensados “por discernir con mayor penetración las sombras que pasaban y acordarse mejor de cuáles de entre ellas eran las que solían pasar delante o detrás o junto con otras, [y por eso son] más capaces que nadie de profetizar, basados en ello, lo que iba a suceder”, según el célebre retrato de Platón en el libro VII de la *República*. Para colmo, agregan, le atribuyen a la ciencia un valor

absoluto e incuestionable cuando no se tarda más que semanas o meses en reemplazar una teoría por otra. Y todo ello al costo de destruir el planeta y la sociedad ya sea con sus experimentos o con sus aplicaciones tecnológicas.

Con su habitual mordacidad, Mario Bunge replicó denunciando el relativismo que campea en esos ambientes teñidos de posmodernidad, donde se supone que “no hay verdades ni valores objetivos y universales: que todo es del color del lente con que se mira, y lo que vale para una tribu no tiene por qué valer para ninguna otra. Y, al no haber estándares objetivos y universales, todo vale por igual: la filantropía y el canibalismo, la ciencia y la magia, tu virtud y mi vicio. Otra consecuencia es que tampoco hay progreso, ni siquiera parcial y temporario. No es casual que el relativismo sea desconocido en las facultades de ciencias, medicina, o ingeniería. Los científicos buscan verdades, y los técnicos las aplican. El relativismo prospera, en cambio, en las facultades de humanidades, donde no imperan estándares uniformes de calidad.” (<https://www.lanacion.com.ar/opinion/la-moda-del-relativismo-nid15944/>).

Ese relativismo convierte en víctima a cualquiera que sea rechazado por sus opiniones por más disparatadas que fuesen. Y, desde ya, suprime la exigencia de argumentar a favor de lo que se sostiene, porque no hay otro juez que la propia subjetividad. Con pena y respeto se recuerda el caso de Ernesto Sábato, que desde la época de *Hombres y engranajes* hizo militancia anticientífica para terminar defendiendo el presupuesto universitario durante la fugaz gestión de López Murphy como ministro de Economía de Fernando De La Rúa, y suplicando que la medicina socorriera a su esposa Matilde en su dolorosa agonía. Valga recordar también aquí el caso Sokal y su denuncia de las *imposturas intelectuales* de algunos renombrados escritores y humanistas actuales.

Ahora bien, hecho este reconocimiento, considero que la pretensión de aquellos que adhieren a la sedicente *Third Culture* va más allá de una justa y necesaria reivindicación del conocimiento científico frente a cualquier descalificación destemplada. Reiterando el diagnóstico de Maritain, pareciera que estamos ante el intento de sustituir la sabiduría por la ciencia, o quizá para ser más exactos, de convertir la ciencia en sabiduría. Esto, más que una integración de conocimientos es una colonización del territorio humanístico por los

expedicionarios de la ciencia. En su ensayo titulado *La unidad de la experiencia filosófica* Etienne Gilson afirma que la historia nos enseña cómo los hombres de todo tiempo y lugar buscan sin descanso alcanzar la sabiduría, pero también muestra cuán asiduamente se identifica esa sabiduría, que por definición es ciencia de los primeros principios y causas, con alguna perspectiva particular. Y desde ya la historia no esconde el frustrado desenlace de todas estas aventuras. Pensemos siquiera en aquella lejana proclama extraída del *Discurso del método* según la cual “en lugar de esa filosofía especulativa que se enseña en las escuelas, se puede encontrar una filosofía práctica por medio de la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los demás cuerpos que nos rodean tan distintamente como conocemos los diversos oficios de nuestros artesanos, podríamos emplearlos, del mismo modo, en todas las ocupaciones que les son propias, haciéndonos así señores y dueños de la naturaleza”.

A mi juicio, lo primero que debe advertir cualquiera que busque en la ciencia los frutos de la sabiduría es que está sencillamente pidiendo peras al olmo, como aquel trasnochado experto en geología que, hace unos cuantos años, tras haber hecho un cuidadoso relevamiento de suelos en los Estados Unidos recomendó con toda seriedad que el país adoptara el régimen de la monarquía constitucional, o como Richard Dawkins que hizo campaña publicitaria en los autobuses londinenses a favor del ateísmo. No parece tan difícil llegar a una definición del objeto formal de cada ciencia que ponga límite a estos desvaríos, y que en vez de cortarles el micrófono a los que hablan en nombre de las humanidades se habilite un micrófono más, para quien hable en nombre de la sabiduría filosófica. Los medievales, que tenían poco respeto por cosas que hoy son muy estimables, pero al menos respetaban la sabiduría, decían que hay una sociedad del conocimiento (expresión hoy remozada por Minsky) que requiere, como causa formal ordenadora, la regulación arquitectónica de la sabiduría. Y así como un gobernante sabio no puede permitir que cualquier ciudadano salga a la calle armado para hacer justicia por su cuenta, es el filósofo quien tiene el oficio y la responsabilidad de administrar justicia entre las ciencias. Y he dicho responsabilidad porque la filosofía no es inmune a los mismos pecados que los humanistas y los científicos de laboratorio. Más aún, la fluidez y fecundidad del diálogo será, a su modo, un *experimentum crucis* para ella.

En tal sentido, la filosofía debe denunciar los intentos reduccionistas de algunos científicos que, al igual que su vocero Brockman, descartan todo conocimiento más allá de lo empírico, delatando su torpeza de no advertir que ese mismo rechazo está apoyado, precisamente, en argumentos no empíricos. Otra cosa es el reconocimiento del influjo que los descubrimientos científicos ejercen sobre la especulación humanística y filosófica. En el orden de lo que algunos llaman esquema causal *bottom-up* (de abajo hacia arriba) es impostergable tratar de asumir los significativos avances en el campo de las neurociencias, la genética o la teoría de la evolución para llegar a una apreciación más completa y enriquecida de la realidad del mundo, de la vida y del ser humano. Pero hay que ser muy claros en afirmar desde la más elemental sensatez epistemológica que ningún hallazgo científico, por más revolucionario que sea, podrá modificar el valor de las grandes tesis de la filosofía. Sin duda le planteará nuevos problemas, la ayudará a comprender mejor lo que ya sabe, pero jamás será parte de ella. ¿En nombre de qué ciencia habremos de pensar distinto sobre la esencia del amor, del arte, de la causalidad o de la virtud? Si alguien quiere pruebas científicas de las verdades filosóficas, el problema es suyo, no de los filósofos.

Un párrafo aparte merece el fenómeno de la divulgación científica. Aquí es preciso distinguir cuidadosamente, por un lado, las grandes obras de grandes hombres de ciencia que hacen gala de esa condición a la hora de poner sus conocimientos al alcance del público lego. Ellos saben cuál es la dosis adecuada de tecnicismo, de fórmula matemática o de gráfico que un lector medianamente culto puede digerir, y han hecho escuela en tal sentido. Pero hay, por otro lado, una chatarra de comentarios frívolos e inconsistentes, una verdadera hamburguesa intelectual que seduce con la promesa de una saciedad casi inmediata y apetitosa. Las nobles conquistas de la matemática, la física, la biología y la cosmología actuales se banalizan y se exhiben con ropajes livianos y vistosos, acompañadas casi siempre de un aderezo promiscuo de comentarios en tono solemne y a veces místico. La codiciosa industria que patrocina estas baratijas ha sabido convertir la curiosidad y la duda en algo adictivo, y a los lectores en consumidores de libros.

En este escenario que he presentado muy someramente hay una tarea impostergable para el docente católico. Por el inmerecido privilegio de la fe, y la promesa de las luces del Espíritu Santo, los que compartimos el oficio de enseñar seremos llamados a devolver más

de un talento. Y para ello hemos de predicar, con la audacia de la razón y la parresía de la fe, que hay una sola Verdad de la que toda otra participa, y que cada ámbito del saber acoge y expresa a su manera. Nuestros alumnos pacen como ovejas en medio de lobos, y hemos de responder por aquellos que se nos han encomendado. A pesar de todas las maledicciones, la cosmovisión cristiana ha sabido defender como ninguna otra los fueros de la inteligencia. Y cuando llegó la hora de presentarla ante todos los hombres, supo escoger para sí lo mejor de la filosofía y de la ciencia. Por eso no debemos volver a las catacumbas ni aceptar el supuesto fracaso de la sabiduría como si fuera el quebranto de una multinacional. Ni mucho menos aceptar la extorsión de quienes se disfrazan de Galileo y ni siquiera son dignos de desatar la correa de las sandalias del ilustre pisano que fuera un modelo de científico cristiano. Cada uno, desde el lugar que le toque, habrá de dar testimonio de esa Verdad que nos hará libres. Sin tomar una parte por otra ni una parte por el todo. La TC, como hijo pródigo, hoy dilapida sus bienes. Tal vez llegue pronto la cuarta o la quinta cultura. Quién sabe. Las modas son así. Pero algún día nos cansaremos de comer bellotas. En aquella extraordinaria película *Un hombre de dos reinos*, Tomás Moro escucha al novio de su hija arguyendo con liviandad a favor de la Reforma, y le contesta con una frase que jamás pasará de moda: “espero que cuando tu cabeza pare de girar quede mirando al frente”.

## **Entrevista a Alberto Sarlo (Primera parte)**

*Florencia Marino, Andrés Márquez y Martín Coria*

Alberto Sarlo es un abogado, escritor y docente argentino que ha transformado la vida de decenas de personas privadas de su libertad a través de la filosofía, la literatura y el boxeo. Desde 2010, lidera un proyecto educativo y editorial en el Pabellón 4 de la Unidad Penitenciaria N° 23 de Florencio Varela, una de las cárceles de máxima seguridad de la provincia de Buenos Aires.

Sarlo inició su labor en el penal ofreciendo talleres de alfabetización, lectura y escritura, que, con el tiempo, evolucionaron hacia clases de filosofía y literatura. En estos espacios, los internos debaten sobre autores como Hegel, Marx, Borges y Shakespeare, fomentando una reflexión profunda sobre sus vidas y contextos. El proyecto se desarrolla dentro del pabellón, sin intermediación del Servicio Penitenciario.

En 2010, junto a los internos, Sarlo fundó la editorial cartonera “Cuenteros, Verseros y Poetas”, la primera de su tipo en una cárcel argentina. Han publicado más de 19 libros que incluyen cuentos, poesías y reflexiones filosóficas escritas por los propios reclusos.

El trabajo de Sarlo ha tenido un impacto significativo en la vida de los internos. Varios de sus ex alumnos, una vez en libertad, han continuado la labor educativa en otras unidades penitenciarias, replicando el modelo de talleres y promoviendo la reinserción social. Además, la violencia en el Pabellón 4 se ha reducido notablemente desde la implementación del proyecto.

La experiencia de Sarlo fue retratada en el documental “Pabellón 4” (2017), dirigido por Diego Gachassin, que muestra cómo la filosofía y la literatura pueden ser herramientas de liberación dentro del sistema carcelario.

Para conocer más sobre la editorial y acceder a las publicaciones, se puede visitar el sitio web oficial: [cuenteros-verseros.com.ar](http://cuenteros-verseros.com.ar).

Alberto Sarlo continúa su labor de manera *ad honorem*, financiando los materiales y actividades del proyecto con recursos propios, y promoviendo una educación emancipadora que desafía las estructuras del sistema penitenciario.

**Entrevista:**

- ¿Ustedes son estudiantes de filosofía?
- Sí, de cuarto año.
- Ah, lo mío es una chantada, entonces. Autodidacta, leo los libros, los subrayo y los cuento como cuento. Es una excusa para la militancia. Lo suyo es mucho más serio.
- ¿Cómo surge el proyecto desde tu lugar de abogado interesado por la filosofía?
- El docente no deja de ser una herramienta. Yo me defino como docente popular. Aprendí a enseñar el primer día que fui a la cárcel. No soy docente de nada. La primera vez que estuve al frente de una clase fue en 2010 con los pibes. Me vinculo desde el territorio. El territorio, el espacio humano de interrelación con el prójimo. Eso es lo importante. No el contenido. La mejor manera de relacionarme con ellas fue a través de herramientas que me enamoraban y esa pasión le pone a mi docencia un plus. El boxeo, la literatura y la filosofía. Empezando por la literatura. Mi aproximación al territorio, sin saber que entraba a un territorio. Yo entré como un colono del conocimiento. Arrancaba con Borges, Soriano, Bukowski... Todo lo que me apasiona. No me di cuenta de que no estaba entendiendo qué pasaba en ese contexto de tortura y opresión, pero me di cuenta de que era bueno narrando. La literatura me llevó a la filosofía. Por la lectura. La literatura para revelar por qué el sistema es una cagada. Ahí surgió la filosofía, como una herramienta. Pero repito, si la filosofía es una manera de progresar académicamente, ir a congresos, mostrarme frente al alumnado, si es así no. En la cárcel el concepto de docencia es una mentira, está llena de forros con mayúscula. A diez metros están torturando, violando y matando y les chupa un huevo. Lo mío es pelear por ellos.
- Me da curiosidad cómo es que llegaste... ¿De repente dijiste me meto a la cárcel a dar clases?
- Yo tenía ganas de hacer algo desde el 2001. El 2001 me rompió, quería ayudar desde la abogacía, pero me retrotraigo al año 96 cuando entré como estudiante de abogacía. Entré a Olmos. Vi la mierda que era. Nos llevó una persona re piola. Nos llevó hasta el quinto piso que es gueto. Una mentira, una farsa. Después nos dejaron acceder al segundo piso. Viví esa mierda, la olí, la palpé. Dije: nunca más voy a

volver a la cárcel y no voy a ejercer nunca el derecho penal. La segunda la cumplí ¿Cómo y cuándo volví? En 2001 me uní a varios grupos que querían ayudar. Una bazofia. Todo pasaba por el lado del derecho. Como abogado no me había convencido de la mentira que es el derecho, como herramienta fundamental del capitalismo y la explotación financiera. Hoy en día me dedico a eso porque me mantiene, mantiene mi editorial que es autogestiva y no acepta dinero o donaciones. Todo lo financio yo. Me lo permite el trabajo de abogacía que es una farsa. Lo dice la *República* de Platón cuando Sócrates pregunta qué es la justicia. Ustedes lo sabrán mejor que yo. El ejercicio del poderoso. Es cómo acomodamos las cosas para que el poderoso siga las reglas. Empecé a escribir mi primera novela cartonera. Voy al Ministerio de Justicia y le digo que quiero hacer algo relacionado a la cartonera en la cárcel y me dice que en La Plata no puedo porque está copada por los radicales. En Varela, que no va nadie, tenés lugar. Mi idea era sacar libros baratitos. Son todos de cartón, cada uno es pintado por los pibes. Después con el tiempo sacamos libros más en formato tradicional. Historias narradas en primera persona con toda la verdad.<sup>2</sup> Todo *ad honorem*. No tengo contrato ni siquiera. Voy de ilegal, digamos. La idea era entrar al pabellón de seguridad.

- Eso nos remite a otra pregunta ¿Cómo te vinculas vos con el espacio?
- Es accionar en el territorio. Cuando llegué me deben haber visto como otro boludito que iba a hacer lo mismo que los demás. Algunos creían que era una clase para armar pañales. Les habían dicho eso para juntar más gente, pero los pibes solo querían salir del pabellón. Me empecé a relacionar y me di cuenta de que era una estupidez lo que quería hacer de enseñar Borges tipo profesorcito. Empecé a vincularme con sus problemas, sus vivencias, sus luchas... Empecé a asesorarlos jurídicamente... Se empezaron a dar cuenta que era un pibe de palo y ellos me empezaron a invitar al pabellón. Cuando me di cuenta dije ahí es donde está el cambio. El director me sacó cagando. “Está prohibido, es ilegal. Ni nosotros

---

<sup>2</sup> “Cuenteros, Verseros y Poetas” es una Editorial Cooperativa que funciona en el Pabellón 4 de la Unidad de Máxima Seguridad N° 23 de Florencio Varela. (...) La Editorial funciona dentro mismo del Pabellón en donde, ya contamos con computadoras, impresoras y la Biblioteca “Rodolfo Walsh”, biblioteca que es la mayor satisfacción del presidio y que cuenta con más de cuatrocientos libros que comparten todos los miembros del Pabellón y que son prestados a los restantes compañeros de la unidad.

<https://cuenteros-verseros.com.ar/acerca-de/>

entramos. Si se arma quilombo para rescatarte vamos a tardar veinte minutos, media hora”

- Sobre esto, que ellos mismos te invitaron al pabellón ¿Cómo es tu vínculo con ellos? ¿Cómo evolucionó?
- Cuando entrás en su espacio sos un poquito más. Ahí se dieron cuenta que era un tipo que podían respetar. Son los primeros en vender vínculos de afecto falsos. Porque son gente torturada y están desesperados por generar un vínculo. Y ellos lo admiten. El vínculo en serio se da en el territorio donde se da el combate. Me metí en el motín estuve cinco horas negociando. Fui el único en el país. La orden era reprimir. Al único que dejaron pasar fue a Alberto Sarlo ¿Por qué? Porque me creen. Me sale hablar la jerga, algunos términos no los utilizo, pero otros me salen natural. El lenguaje es parte importante de la lucha. Su lenguaje es distinto al lenguaje de hombre blanco. Porque es así. Es un hecho de racismo. Día por medio muere un preso y es un negro. Que los derechos humanos respeten derechos de hombres blancos de décadas pasadas, pero no de hombres negros de la década presente. Los rememoristas del 24 de marzo son unos pajeros atómicos. No les interesa el negro, que el mismo mecanismo de tortura esté intacto. Porque los hombres blancos no nos pusimos a dar esa disputa.
- Claro, siempre hacen la distinción “ellos y nosotros”.
- Entre chorros y laburantes. Es eso, porque hablamos de derechos punitivos. Y es mentira eso. Porque los “laburantes” son chorros en un montón de situaciones. La mayoría son pobres indigentes, no hay clase media, clase alta... Son todos detenidos por la bonaerense sin ningún trabajo previo. Y se ve ahora que empezaron los juicios abreviados. Los procesados son inocentes, no condenados. Si sos un negro de mierda lo pasas adentro. Si sos blanco la pasas en tu casa o viajando como Macri. No cambió nada de los setenta para acá, pero no me dan pelota porque es un territorio que todos quieren tapar: zurdos, progres, la derecha... Y cuando empecé, escuché. Me reí de sus chistes. Tomaba mate. Asesoraba de esto o aquello. Tres o cuatro minutos de clase. Después terminaron siendo dos o tres horas hablando de Hegel. Pero empecé así. Mi formato de clase es el caos.

- Con respecto al conocimiento veo que tenés este conocimiento no careta, que se suele dar. Esto de “hay que iluminar al ignorante, pobre”
- Yo aprendí más de ellos que ellos de mí. Lo que vos decís es lo que me aterra del pajarismo académico. Yo empecé a aprender cuando empecé a escuchar. A los de la academia, vengan a aprender de los pibes... Es tan patético... Aprendan de sus maneras, sus conceptos. Ellos no tienen ningún beneficio. Ellos saben escribir cuentos, saben alfabetizar. No se lo cuentan como trabajo. Sacar la mierda sí lo es... Leyeron el *Tractatus* pibes que meses atrás eran analfabetos. Ellos empezaron a alfabetizarse. “Lo mismo que hicieron con vos, hacelo con el resto”. No son boludos. El paternalismo y la soberbia del academicismo es la madre y el padre del racismo... ¿Qué vas a prender de este? A este hay que ayudarlo... Ayudarlo, hay que ayudarlo llevándoles medicamentos, forros... No podés donar forros. El profiláctico es para el que va a tener la pieza de encuentro. Que tiene un costo... Todo cotiza...
- Claro, estaba pensando en la deshumanización que le hacen a los presos ¿Qué palos en la rueda sentís que te pusieron con el proyecto?
- De todo. Amenazas, amenazas de muerte, cartelitos con los horarios de mis hijas, ralladuras del auto, fotos diciéndome cuando me van a matar.
- ¿Y de dónde sacas la fuerza para seguir deseando hacer el proyecto?
- Te tenés que autoconvencer de que si te están amenazando no te están matando. Están buscando que haga la denuncia y salte que fue un preso trabajando para la policía. Es perfecto y macabro el sistema...

## **Propuesta didáctica: Filosofía para niños**

*Florencia Marino y Andrés Márquez*

En noviembre de 2024, tuvo lugar, en el Instituto Padre Elizalde, un encuentro de Filosofía para y con niños. Los estudiantes del profesorado de filosofía, Florencia Marino y Andrés Márquez, junto a la docente Sofía Roca, organizaron una clase en presencia de las estudiantes de cuarto año del profesorado de educación inicial, a cargo de la Dra. Yanina Benitez. La intención del encuentro era poder fomentar y contribuir a la Filosofía para y con niños (F.P.N.).

Lo que nos hace preguntarnos ¿hay una filosofía para niños? o lo que la misma pregunta dice de forma implícita ¿la filosofía es exclusiva de los adultos? Daría la impresión de que la filosofía es inalcanzable, una especie de temática accesible sólo a intelectuales. Y es cierto que existen temáticas y textos, a los que sólo pueden acceder personas formadas en el tema. Pero la filosofía y la propia vida humana están estrechamente ligadas. Desde el comienzo de la filosofía se piensa "el asombro" y "el cuestionamiento" como actitudes propias de la filosofía y del ser humano. Este, el humano, tiene dichas actitudes desde que es pequeño, sobre todo en su niñez. ¿Acaso no son los niños los seres más curiosos y los que más se permiten asombrarse?

En los años 70 Matthew Lipman (principal fundador de esta corriente) notó que los estudiantes avanzados tenían dificultades para problematizar cosas sencillas. Los jóvenes habían perdido la curiosidad del niño, que se expresa en la famosa pregunta "¿y por qué?". Entonces porque no ejercitar esta virtud desde la más temprana edad. Parece que la escuela se ha olvidado de la filosofía. Recién en el último año de la secundaria se plantea la esta como materia. Pero la realidad es que la filosofía se puede ejercitar desde la más temprana edad, debe ejercitarse desde la más temprana edad. Por estos motivos, en el Instituto se estudia la materia institucional Filosofía para y con niños. Se enseñan dinámicas y formas para problematizar con niños.

En noviembre el encuentro (ya mencionado) no fue una ponencia para las estudiantes de inicial. Fue un taller práctico de F.P.N. donde se realizaron las actividades, y se leyeron los mismos cuentos que se leen con los niños. En el momento inicial se le pidió a las participantes que elijan pares entre una serie de imágenes aleatorias, y que justifiquen su

respuesta. Esto da lugar tanto al movimiento físico como mental. Una vez que la mente y el cuerpo se ponen en movimiento el siguiente paso es abordar un texto. En este caso fue “Cuero negro vaca blanca” un cuento de Pablo Bernasconi. Este cuento trata de una vaca que no sabe si es blanca con manchas negras o al revés. Una vez leído el texto, se discute y se interpreta. Los participantes discuten las distintas miradas, siempre sobre la base del respeto al prójimo. Luego, en un tercer momento del encuentro, se intenta poder alejarse del texto y discutir sus problemáticas, pero sin referirse al mismo. En este caso lo que se discutió fue la “diferencia”. Se abordaron preguntas como “¿qué es la diferencia?” o “¿qué es lo contrario a la diferencia?”. Por último se cierra el encuentro con un examen. Pero la intención de este está muy lejos de la concepción tradicional. En vez de medir la capacidad de un estudiante para memorizar datos, lo que se intenta es reflexionar sobre el mismo encuentro. En este momento, el examen es un aprendizaje más. Para nuestro hecho puntual lo que se hizo fue proyectar una imagen de un dormitorio, lleno de objetos cotidianos. Cada participante tenía que reflexionar a qué objeto del cuarto le pareció el encuentro, y luego justificar la respuesta. Una respuesta que me llamó la atención fue la de una joven que eligió una llave, Y dijo: “siento que ahora tengo una nueva herramienta, para abrir otra puerta”.